

Globalización y Agricultura: ¿nuevos tiempos para América Latina?

Gustavo González*

Resumen.

Al entrar América Latina en la era del capitalismo en su etapa neoliberal y, por tanto, de su expansión en términos de “globalización”, los procesos económicos se abren a la competencia con mayor rapidez que antes y, por supuesto, con mayores exigencias. Estas exigencias son de productividad, la que presiona ahora con mayor fuerza a nuestros agricultores.

El deterioro del ambiente entra también, dentro de la lógica del desarrollo capitalista en el campo. Ahora bien hay que replantear una concepción del desarrollo económico, donde se tome en cuenta la fragilidad de dicho ambiente, de los ecosistemas, el hecho concreto de que los recursos son finitos. Pero defender la fragilidad de los ecosistemas implica enfrentar la “productividad” capitalista, enfrentar los medios tecnológicos utilizados para la creación de excedentes agrícolas. Esto no quiere decir necesariamente que se debe rechazar la creación de excedentes, sino que se debe abrir una gran discusión sobre los objetivos que en realidad debe perseguir la actividad agrícola y, por consiguiente,

* Gustavo González Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, FACES. Universidad de Los Andes, Venezuela.

sobre la tecnología a aplicar en la consecución de dichos objetivos. Esto, sistemáticamente, es evadido por quienes tienen bajo su responsabilidad el desarrollo agrícola

El artículo que presentamos se limita a advertir –a grandes rasgos–, las condiciones de aumento de la situación de subordinación de América Latina en la competencia global y neoliberal y su efecto en la economía agrícola.

Palabras claves: Agricultura, Globalización, Economía capitalista.

Abstract

GLOBALIZATION AND AGRICULTURE: BETTER TIMES FOR LATIN AMERICA?

As Latin America becomes part of the neo-liberal capitalist system in its globalizing, expansionist phase, economic processes are exposed to competition much more rapidly than before, and the demands are greater. These demands are based on productivity and exert more pressure than ever on the agricultural sector.

Environmental degradation is also a logical concomitant of capitalist agricultural development. It is therefore necessary to reformulate the concept of economic growth in order to take into account the fragility of the environment, ecosystems and the fact that resources are not unlimited. But protecting fragile ecosystems means confronting capitalist “productivity” and confronting the technology used to create agricultural surpluses. This does not necessarily mean that surpluses are wrong, rather that there should be a debate about the goals of agriculture and about the technology employed to achieve these goals. This issue is systematically avoided by those responsible for agricultural development.

The article confines itself to drawing attention to, in general terms, the growing subordination of Latin America in the face of global and neo-liberal competition and the effect of this on the agricultural economy.

Key words: agriculture, globalization, capitalist economy.

América Latina-Globalización-Agricultura

Partiendo de que la agricultura trata de aprovechar recursos naturales para satisfacer necesidades humanas, entendemos que en ese accionar con la naturaleza se encuentra lo económico-social-ecológico, sin duda alguna estando relacionados, formando una unidad, en el proceso agrícola.

Ahora bien, de lo que se trata en agricultura es de satisfacer la demanda de alimentos, no solo en función del crecimiento demográfico, sino también del crecimiento de necesidades *no esenciales* culturales o producto de la sociedad de consumo, necesidades tecnológicas o, mejor dicho, “civilizatorias”.

Este proceso está afectado por condiciones muy concretas en lo interno como son la distribución de la tierra, el tipo de la misma, la tecnología empleada, los créditos y, en tal sentido, las posibilidades de inversión, las condiciones de trabajo para la fuerza de trabajo, la estructura en la distribución de los ingresos, la de los salarios, la infraestructura, etc.

La actividad económica busca satisfacer necesidades humanas y acudir, para ello, a la naturaleza. Concretamente en la agricultura, la tierra es el principal recurso natural presentando este un problema: su escasez y, por tanto, el tipo de uso de la misma. Esto implica una especie de jerarquización del uso en cuestión, que dependerá del desarrollo del país o región (nivel de vida, productividad, etc.). En tal sentido la propia producción de alimentos enfrenta a la de bienes no esenciales y diversificados.

Un problema de productividad

La productividad afecta la distribución de la tierra. No todas las tierras son aptas para el cultivo, no todas son de la misma calidad. En tal sentido la tecnología es necesaria sobre todo en las tierras de menor calidad.

En una situación de diferenciación pronunciada en cuanto a la productividad del suelo se refiere, los costos de producción se elevan en las tierras de menor calidad y, por consiguiente, también los precios de los bienes producidos en dichas tierras. Esto implica que los precios que se imponen a toda la agricultura, si se quiere satisfacer las necesidades alimenticias de la población, son los de las tierras de menor calidad y, por tanto, los de las tierras que se van incorporando al proceso agrícola (Ricardo, 1985).

¿“Funciona” el mercado capitalista? Funciona en contra del pequeño y mediano productor que no puede competir con la tecnología de

la que sí pueden disponer los grandes productores del campo, que tienen acceso al crédito fácil y a la influencia política. Por tanto en las tierras de mejor calidad se obtiene la renta y, en términos del capitalismo, la mayor acumulación de capital dada la diferencia entre valor y precio.

El mercado

En la economía capitalista se pretende mostrar el papel del mercado como fundamental para la “mejor” distribución de los recursos, bienes y servicios. Pero esto sólo en “teoría” ya que las tendencias son, inevitables, a la concentración de los mismos, concretamente del capital, en manos de unos pocos individuos. En tal sentido la participación del Estado se hace necesaria (imprescindible) para corregir los desequilibrios generados en y por el “mercado” y que impiden el buen desenvolvimiento de la actividad agrícola.

Es conveniente aquí señalar que cuando hablamos de mercado, no nos estamos restringiendo única y exclusivamente a la actividad económica sino que también nos referimos a la actividad política, social, cultural, educativa, jurídica, etc.. De ahí que las posibilidades de expansión o restricción de la actividad económica de la agricultura, dependerá de muchos factores concernientes a “algo” que va mucho más allá del “simple mercado”.

En tal sentido debemos orientar la discusión hacia la búsqueda de las contradicciones del proceso en cuestión, enmarcadas dentro del desarrollo económico nacional y, ¿por qué no?, mundial, para así poder, a partir de los conflictos fundamentales, señalar los caminos mejores en la obtención de los objetivos planteados a la agricultura. Dichos objetivos tienen que ver con la satisfacción de las necesidades humanas básicas de la población.

Pero el proceso de globalización “imperante en nuestros días”, lejos de traernos ventajas de la “competencia” nos conduce a preferir la producción de tierras donde la misma es excedentaria, obteniéndose dicha producción en condiciones de mayor productividad y, por tanto, a menores costos, clave de la expansión capitalista. De ahí que mejoren, cada vez más, las condiciones de producción de los países más avanzados y, en esa misma proporción, desmejoren las condiciones de la misma en los países atrasados.

¿Tiempos nuevos para Latinoamérica?

La globalización y su modelo económico neoliberal nos dejan ver para América Latina, y concretamente en la agricultura, las condiciones básicas de nuestra subordinación a los países del centro capitalista con el predominio de lo financiero sobre lo productivo.

Se trata, dada la competencia capitalista a nivel mundial, de buscar bajos costos —debido a esa lucha— y de garantizar una reproducción barata de la fuerza de trabajo. Pero esto se afianza en la agroindustria transnacional y sus mecanismos de explotación sobre los productores agrícolas de insumos para la misma, siendo facilitado por las imposiciones de los organismos multilaterales —dominados todos por Estados Unidos y sus aliados— conducentes, entre otras cosas, a la salida del Estado de la actividad económica lo que provoca la eliminación de subsidios que, al lado de la acción de las transnacionales para mantener los precios agrícolas bajos, horadan la capacidad productiva de nuestros agricultores y, a la larga, su *exclusión de la agricultura*.

Además la agricultura afecta, de cualquier manera, los recursos naturales y, en definitiva, el ambiente. Ejemplo de ello tenemos en la erosión, la contaminación de las aguas, los efectos sobre animales y vegetación y, claro está, al ser humano. La equivocada o hipócrita determinación en la utilización de la tecnología, así como las pésimas condiciones socio-económicas de los agricultores, son “caldo de cultivo” para los efectos negativos sobre los recursos naturales.

Es bueno aclarar que la naturaleza del modo de producción capitalista está basada en la exclusión que se afianza en la dinámica del capital. Posterior a la Segunda Guerra Mundial y a la crisis de la posguerra, los capitales transnacionales, financieros e industriales, emergieron como dominantes y hegemónicos sometiendo a clases sociales distintas a las de ellos. El modelo neoliberal tiene como lógica el afianzamiento del dominio del capital financiero sobre el capital productivo, para lo cual la producción, en nuestros países, se orienta hacia la exportación, manteniendo bajos los salarios así como también bajo los costos de las materias primas de la agroindustria.

Este proceso conduce, y profundiza, al aumento de la concentración y centralización del capital con una mayor explotación y sobreexplotación

de la fuerza de trabajo, una mayor distribución regresiva del ingreso, menor consumo, deterioro del nivel de vida de los trabajadores en general y del campo en particular, mayor dependencia y sometimiento a las economías del centro capitalista, pérdida de soberanía, etc..

¿Viejos problemas?, ¿Nuevos escenarios? ¿Viejas soluciones?

En los actuales momentos en los que América Latina se pretende incorporar al **proyecto estadounidense ALCA**, para abrirnos a la globalización, uno de los sectores más deprimidos de nuestra economía es la agricultura. No es casual que este sector tienda con fuerza a ser desplazado por el comercio externo, lo que implica aumento de importaciones con la consiguiente disminución de divisas en el país, mayor dependencia externa de la demanda interna de alimentos, inestabilidad social, económica y política (ya esto observado en nuestro Continente y, concretamente, en el TLCAN).

El problema siempre se plantea en términos de país atrasado capitalista, lo que implicaría, necesariamente, mejorar la productividad en relación a los países del “centro” (maquinaria, equipo, infraestructura, fertilizantes, biocidas, diversidad en las semillas, etc.). Pero nuestros países de la “periferia”, cuando han crecido, lo han hecho sin mejorar la productividad. Esto ha traído sus consecuencias a largo plazo, sobre todo en los momentos actuales de “apertura” al proceso globalizador: ¡poca o ninguna posibilidad de competir en los mercados internacionales!.

La respuesta que se ha dado a esta realidad es que se plantea como un **simple** cambio en la orientación del proceso de producción: cambio en cantidad pero no en calidad. Se produce no para satisfacer las necesidades inmediatas de la población; producción sólo para el “mercado” y, por las imposiciones transnacionales, en “exclusiva” para el mercado externo.

Pero este libertinaje al que incita la competencia capitalista, acarrea la profundización de contradicciones propias del proceso, plasmadas en unas no tan “nuevas” formas de dominio impulsadas por el esquema neoliberal.

No olvidemos que la orientación de la producción, en definitiva, está signada por el modo de producción capitalista en el que nos encontramos, por la estructura social y política inherente al mismo y por su ideología (ideas, teorías, valores, etc.). De tal manera que no es casual que el proceso agrícola en el que hemos estado inmersos durante décadas, tenga las características que tiene, independientemente de las “buenas” intenciones que puedan, ocasionalmente, haber.

Es, por tanto, inevitable el proceso monopolizador en la agricultura, desplazando los grandes productores a los pequeños y medianos — desplazamiento producto de la competencia transnacional a la que nos somete la agroindustria y nuestros gobiernos inescrupulosos— que quiebran o, en definitiva, ceden ante las condiciones del poderoso, venden sus tierras o, simplemente, pasan a formar parte de la masa trabajadora asalariada o mal pagada del campo. Entonces nos encontramos con dos tendencias: la primera acentúa la regresiva distribución de la tierra y, la segunda, aumenta el proceso de marginación del trabajador del campo y, con ello, el aumento de la pobreza y la emigración.

Es evidente que la acumulación en la producción simple o de autoconsumo se obtiene por imposición, servidumbre, etc.. Pero en un proceso más complejo se trata de la explotación del trabajo, a partir de la división del trabajo y, por tanto, del aumento de la productividad. Esto conduce a la creación de excedentes para el intercambio, crea valores de cambio, lo que implica la esencia de la producción capitalista: la acumulación de capital. Esta acumulación se concentra sólo en grandes, y algunos medianos, productores, en los canales de comercialización, en el sector financiero y en la agroindustria. Pero fundamentalmente los excedentes de los que estamos hablando son de carácter internacional.

La actividad agrícola es monopolizada por quienes tengan una mayor productividad y, por tanto, mayor acumulación de capital, lo que, inevitablemente, les otorga poder económico y, lógicamente, poder político, dominio, control, acceso al conocimiento. En fin, a un dominio completo de la actividad agrícola por encima de quienes no cuentan con el capital, los contactos —políticos, económicos, técnicos, financieros, etc.—, para llevar adelante, con algunas posibilidades de éxito, la actividad productiva agrícola. Esto implica entonces un marginamiento de la misma para las grandes mayorías del campo, quedándoles únicamente la posibilidad de sobrevivir vendiendo lo único

que les queda: su fuerza de trabajo y, con ello, el pasar a engrosar las filas de los explotados y marginados del campo —si no, definitivamente excluidos—. Este aumento de la monopolización eleva los niveles de explotación subordinando cada vez más a las clases explotadas al capital, aumentando cada vez más la concentración del mismo y, con ello, la marginación social.

Recordemos lo siguiente. A partir de un proceso “inicial” de “acumulación originaria del capital” (Marx, 1973), esto como consecuencia del proceso de creación de excedentes a partir del incremento de la productividad —o del uso de la fuerza, etc.—, se genera un desarrollo agrícola que conlleva a un desarrollo cada vez mayor del capital acumulado, lo que origina una cadena de crecimiento económico, con mayor división del trabajo y mayor división social, generando una serie de contradicciones que presentan conflictos insalvables en el aspecto social y, ¿por qué no decirlo directamente?, a una agudización de la lucha de clases que, lejos de aminorar en el tiempo, tiende a profundizarse y a mostrar la imposibilidad de solución dentro del modo de producción capitalista.

Reiteramos: la estructura de la agricultura —la dominante— está orientada a la obtención del máximo beneficio posible en manos del capital. Entonces, el proceso económico agrícola conduce, inevitablemente, a un acrecentamiento de la marginalidad campesina, al deterioro de la salud, del ambiente y de los recursos naturales, y a mayores desigualdades en la distribución del ingreso —distribución regresiva— (CEPAL, 2000-2001).

Capital financiero

Una de las características clave de lo que venimos planteando está en la imposición del capital financiero (y de su hermano gemelo: el especulativo) en nuestras economías y, en particular, en la agricultura. La disminución de costos (tendencia lógica a la que se intenta ir dada la competencia capitalista) afianzada en la imposición de salarios bajos, presenta una desigualdad en relación con los precios de los alimentos: desigualdad radical entre el valor del producto y su precio de venta al consumidor (Marx, 1973).

Pero he aquí las contradicciones de este proceso: el deterioro de los salarios conduce a una disminución del salario real y, consiguientemente, de las posibilidades de consumo de la fuerza de trabajo del campo —en general de toda la fuerza de trabajo— y, por tanto, crea condiciones para el hundimiento del proceso capitalista en nuestras economías. En esta situación la inversión productiva se ve frenada, pero la acumulación de capital producto de los bajos salarios se orienta, prácticamente de manera inevitable, hacia el sector financiero y especulativo—, profundizando cada vez más la brecha entre el valor y el precio de los productos agrícolas y afianzando el dominio del capital financiero — la característica fundamental del proceso globalizador.

La tendencia monopolizadora del capital financiero y especulativo conduce a la elevación de las tasas de interés que afectan la tasa de ganancia del capital industrial y agrícola, disminuyendo la inversión productiva y afianzando el dominio del capital financiero, etc..

Mercado interno capitalista

Como señalamos anteriormente, el proceso conduce a la quiebra de la pequeña y mediana industria y, en general, a la exclusión de la producción orientada hacia el mercado interno, lo que deprime aún más el empleo y los salarios, pero no de la producción orientada hacia la exportación como lo plantean las recetas neoliberales —esta producción, en algunos casos, sí resulta beneficiada como es la de las maquiladoras—. Se necesitan bajos salarios pero no una producción de alimentos baratos que deje un excedente de salarios que pueda el trabajador orientar a los bienes industriales. ¿Por qué?. Porque la producción industrial —y la agrícola— está dirigida al mercado mundial y no al nacional. Claramente es desprecio por nuestros pueblos que terminan “resolviendo” sus necesidades de alimentación con importaciones y a precios elevados (¿resolviendo?). Lo que ocurre, en definitiva, es un aumento considerable de la pobreza, de la miseria, de la exclusión del consumo y de la producción, subordinación y dependencia de nuestros pueblos de todo el Continente.

Pero la agroindustria, dadas las políticas de liberalización de las economías de América Latina, se abastece de insumos importados a bajos precios lo que ocasiona una competencia desigual con la producción nacional, con presión a la baja de los precios internos y con

todo lo que de ello se genera: quiebras, desempleo, dependencia, sometimiento, subordinación, crecimiento del capital financiero, etc..

“Nuestros” liberales —en realidad, una vulgar y mala copia del neoliberalismo mundial— señalan que ante los procesos de apertura impulsados por la globalización y las exigencias que la competencia nos hace, estamos obligados a mejorar nuestra productividad, a ser más eficientes para el mercado mundial y que, en ese sentido, los capitales necesarios para llevar adelante el proceso y la tecnología exigida por el mismo podrán fluir al interior de nuestros países, —dependiendo siempre del cumplimiento, mayor o menor, de la apertura—.

¿Pero es que acaso, si nos remitimos al funcionamiento del mercado capitalista, la diferencia entre la productividad ya existente, interna y externa, no inclinaría la economía a favor de la mayor productividad?, ¿acaso no es ideológico —que no científico— el que se pretenda no ver, evadir de golpe, la lógica de funcionamiento capitalista que obedece a la acumulación de capital y a la disminución de costos, sin importar los efectos en la población, en definitiva, al aumento de la plusvalía?.

Aún más ¿por qué los productores del centro capitalista reciben subsidios agrícolas mayores en promedio a los de nuestros productores?; la respuesta es obvia. Pero a nosotros nos imponen precios —bajos, agrícolas— y eliminación de subsidios. Nunca los países del centro capitalista han dejado de tener subsidios. De hecho su desarrollo lo han alcanzado, entre otras cosas, afianzados en subsidios.

Sin embargo, en los países donde se pudiera hablar de excepciones en relación a la sobreproducción en algunos productos, demás está decir que la caída en los precios reales internos y el aumento de las importaciones producto de la acción ejercida por la agroindustria deprime a los agricultores nacionales y fortalece el sustituir producción nacional por más importaciones, independientemente de que no la acaban completamente pero sí hacen decrecer la producción.

En todo caso la situación de subordinación está en aumento para Latinoamérica —África, Asia, Europa Oriental— con el afianzamiento de la estructura dependiente de nuestras economías: exclusión de la fuerza de trabajo, lo que permite disminución de salarios, y mayor

subordinación al capital transnacional de las mismas, pérdida de tierras —o abandono— y su concentración en pocas manos, caída en el ingreso de los agricultores (los propios de su actividad, siendo que entre el 70 y el 80 % del total ya no proviene de la misma). No es casual que en países como México, Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia, entre otros, se haya incrementado el cultivo de estupefacientes. El Plan Colombia, aunque en su esencia es un plan *imperialista*, no deja de mostrar el deterioro de la vida en el campo de nuestros agricultores, el aumento de la pobreza y, en definitiva, la exclusión.

Algunas últimas apreciaciones... por ahora

Es evidente el gigantesco crecimiento del capital financiero en desmedro del capital productivo, en nuestro caso en la agricultura. No es casual la diferencia profunda entre producción y su valorización, entre valor y precio y todas las manipulaciones que en el dinero se expresan, creando profundas crisis financieras cada cierto tiempo y las desestabilizaciones propias del proceso.

A partir de ello, en América Latina se evidencia un aumento considerable de la concentración de la riqueza en pocas manos, una pérdida de medios de producción de manos de los trabajadores del campo, aumento de la pobreza, de la miseria y de la exclusión de los trabajadores así como de la agricultura.

Ruptura con la globalización neoliberal

Entonces ¿cuál es el camino a seguir en la agricultura?:

- la necesidad de producir, primero que nada, para abastecer la demanda interna —por encima de las exigencias externas—.
- lo anterior pasa por imponer fuertes condiciones a la agroindustria así como una distinta orientación a la de la globalización, con el fin de disminuir los precios y aumentar el consumo de alimentos.
- al mismo tiempo disminuir la concentración de capital financiero y especulativo e incidir para su desplazamiento al sector de la producción.

Estamos en la era del capitalismo en su etapa neoliberal y, por tanto, de su expansión en términos de la globalización. En tal sentido los procesos económicos se abren a la competencia con mayor rapidez

que antes y, por supuesto, con mayores exigencias. Estas exigencias son de productividad, la que presiona ahora con mayor fuerza a nuestros agricultores.

Cabría aquí preguntarse ¿están nuestros agricultores en condiciones de competir tecnológicamente con el exterior?, ¿se pueden bajar los costos al nivel de los países más avanzados?. Y, de ser positivas las respuestas ¿cuánto tiempo nos llevaría esta inserción en el mercado?, ¿cuánto tiempo podremos aguantar la competencia en condiciones de baja productividad y precios bajos? y, por otro lado, ¿quién estaría dispuesto a apoyar las mejoras tecnológicas?, ¿quién el financiamiento que esto implica?.

Recordemos que la intención “teórica” neoliberal es sacar al Estado de la actividad económica, insertar nuestra economía en el mercado mundial bajo los condicionamientos de la dinámica del mercado — ¿libre?—, bajo los condicionantes impuestos por los organismos multilaterales orientados por las políticas e intereses de los países industrializados, en particular Estados Unidos.

No es casual que sea inevitable un proceso de contradicciones y conflictos entre el “mercado”, sus condicionantes, y nuestra realidad concreta —la de toda América Latina—. De ahí que el Estado, aún siendo un Estado con características liberales o neoliberales, se encuentre en una disyuntiva ante los intereses del gran capital nacional-internacional —binomio interesante y antiguo— por abrir la economía “libremente” al mercado mundial, por un lado y, por otro, la protección de nuestros productores tanto por la ruina de muchos como por la exclusión del mercado de la fuerza de trabajo, que se suma a la ya existente con la consiguiente agudización de los conflictos sociales.

Es conveniente tener presente que la variable ambiente se encuentra en casi todos los análisis sobre agricultura. Pero pareciera ser más un adorno impuesto por la moda, que un planteamiento serio que enfrente el depredador modo de producción capitalista y, por tanto, a la tecnología dominante en el mercado de hoy. Se nos ocurre que enfrentar dicho modo de producción o, mejor dicho, colocar el ambiente natural como lo fundamental en nuestras vidas pasa por lo siguiente: aprovechar, de la mejor manera posible, los recursos naturales para el **bienestar social**. Esto implica usar racionalmente —racionalidad de la que carece el capitalismo, su “racionalidad” es la de la acumulación y el

beneficio— los recursos naturales en función de la preservación de los mismos y del medio ambiente.

Por lo que hemos señalado el deterioro del ambiente entra dentro de la lógica del desarrollo capitalista en el campo. Ahora bien debemos plantear —se puede y debe— una concepción diferente del desarrollo económico, donde se tome en cuenta la fragilidad de dicho ambiente, de los ecosistemas, el hecho concreto de que los recursos son finitos. Pero defender la fragilidad de los ecosistemas implica enfrentar la “productividad” capitalista, enfrentar los medios tecnológicos utilizados para la creación de excedentes agrícolas. Esto no quiere decir necesariamente que se debe rechazar la creación de excedentes, sino que se debe abrir una gran discusión sobre los objetivos que en realidad debe perseguir la actividad agrícola y, por consiguiente, sobre la tecnología a aplicar en la consecución de dichos objetivos. Esto, sistemáticamente, es evadido por quienes tienen bajo su responsabilidad el desarrollo agrícola.

Es necesario, siempre de acuerdo a nuestras condiciones, **enfrentar** la tecnología contaminante, destructiva y degradante que se nos presenta actualmente. En todo caso, de lo que se trata es de utilizar tecnología que evite la destrucción y degradación del medio ambiente. En las circunstancias en que no lo sea ¡inventar! otras tecnologías no degradantes ni contaminantes, así como acudir a otras ya utilizadas con mucho éxito por nuestros pueblos, en épocas anteriores.

Por otra parte es necesario orientar todos los esfuerzos a la satisfacción de las reales necesidades (esenciales) de la sociedad. No se puede seguir satisfaciendo necesidades impuestas por otras culturas en aras de la expansión de sus mercados, en la búsqueda de la tan ansiada acumulación de capital, ni necesidades de insignificantes élites o clases dominantes a costa de las necesidades básicas de las mayorías.

Es una exigencia enfrentar a la agricultura convencional que utiliza intensivamente el capital y que, por tanto, desplaza fuerza de trabajo agravando el desempleo rural y la migración del campo. Esto se puede lograr con agricultura orgánica que es más natural y requiere de mayor fuerza de trabajo.

Lo planteado implica una serie de inconvenientes dado el proceso de extracción de plusvalía: concentración de la riqueza, quiebra de

pequeños productores, desempleo, pobreza, miseria, contaminación de suelos y aguas, deterioro del ambiente, problemas en la distribución de la tierra, producción para el mercado y no para el consumo local, y amenazas de continuación de quiebras y de una agricultura deprimida ante la globalización, etc..

Prácticamente es la racionalidad del proceso capitalista común llevada al campo. Se trata de que lo señalado nos conduce por un camino que no beneficia a la población sino a un pequeño sector de ella — donde se acumula la riqueza—y que deteriora el medio ambiente y agota los recursos naturales. Pero caben aquí algunas preguntas ¿puede esto cambiar manteniendo el sistema capitalista como condicionante del proceso económico del país?. Evidentemente que esto se ve como absurdo. De no acabar el modo de producción capitalista y, con ello, la forma capitalista de creación y apropiación del excedente, esto será imposible.

Se trata entonces de transitar el camino de una verdadera revolución liberadora, socialista, democrática, que nos vuelva al camino de la solidaridad y la cooperación y que, en definitiva, nos muestre otra vez un horizonte y un futuro de vida y no de muerte, de libertad y no de esclavitud, de alegría y no tristeza. Ese es el reto: la liberación Continental anticapitalista y antiimperialista.

Bibliografía

CEPAL (2000-2001). *Estudio Económicos de América Latina y el Caribe*. Santiago.

MARX, C. (1973). *El Capital*. Tomos 1, 2 y 3, Editorial Cartago, Buenos Aires.

RICARDO, D. (1985). *Principios de economía política y tributación*, Fondo de Cultura Económica, México.